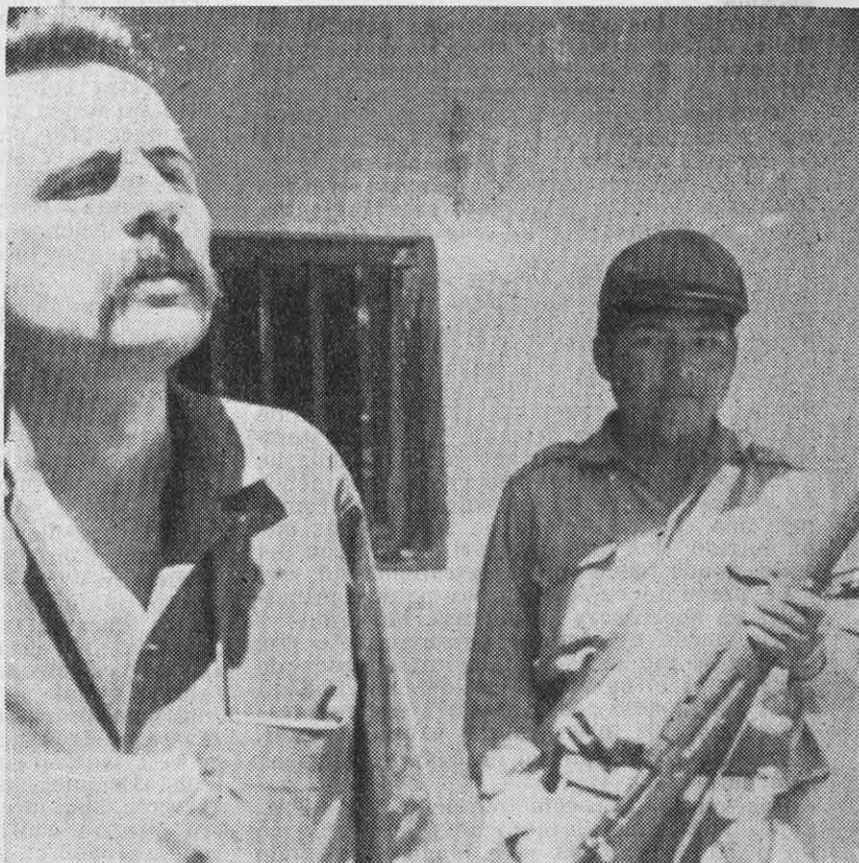


Suplemento a la edición N° 38 de PUNTO
FINAL. — 2ª quincena de septiembre de 1967.
Santiago - Chile.

ENTREVISTA EXCLUSIVA A REGIS DEBRAY

(De nuestro enviado especial a Bolivia)

Régis Debray
en su prisión
de Camiri, es
vigilado cons-
tantemente.



CAMIRI.—Régis Debray escribe un libro de recuerdos personales, sobre su vida en París, en el que habla de Sartre y de su generación. Lo escribe en su celda, en el Casino Militar de Camiri, mientras espera una condena de 30 años de cárcel. Pude hablar con él a los tres días de haber llegado a este campamento petrolero, el miércoles 6 de septiembre, alrededor del mediodía.

Cuando el capitán Hurtado, su carcelero personal, abrió la puerta de la celda apareció un socavón bajo y estrecho, alumbrado sólo por una lámpara de escritorio. El francés ocupaba una mesa situada frente a la cama, rodeado de libros y aparentemente revisaba unos manuscritos.

—“Regi”, te buscan”, anunció el militar.

—“De parte de quién”, respondió. “Somos periodistas chilenos”, dije desde la puerta. Di nuestros nombres, los que fue repitiendo en voz alta mientras se acercaba a estrecharnos las manos. Mi acompañante, el camarógrafo del Canal 9 Julio Fuentes, le pidió que saliéramos al patio. Desde un pasillo lateral, el Coronel Remberto Torres, juez relator en el proceso, quien facilitó la entrevista, le gritó: “Régis, al sol”. Situados casi en la mitad del patio comenzamos a hablar, rodeados de soldados a menos de dos metros y con un grupo de oficiales observando la escena a la sombra de los pasillos. Debray parecía nervioso y miraba continuamente a su alrededor prestando escasa atención a las primeras preguntas. Llegó a decirme que fuéramos adentro, pero sin la cámara de televisión. Le expliqué que no era publicidad lo que buscábamos, sino un esfuerzo por informar a Chile de su persona.

Preguntó inmediatamente por noticias de Chile. Específicamente, sobre el complot de la derecha de que hablaron los cables. “Son ustedes los que deben contarme cosas”, dijo.

“Qué más le interesa”, pregunté. “En Chile hay un comité de OLAS, ¿no?” “Sí, está formado por tres socialistas y tres comunistas y es presidido por el senador socialista Aniceto Rodríguez”. “¡Ah! ¿No hay independientes, como en Francia?” “No, sólo militantes del FRAP”.

Hasta ese instante Debray seguía mostrándose inquieto. Parecía querer dilatar la entrevista. Se rascaba continuamente el cuello, bajo el mentón, gesto que repitió muchas veces después. Vestía una polera azul, pantalones oscuros de mezclilla, zapatos livianos, llevaba la barba bastante crecida. No mide más de 1,68 m. Muy delgado. El pelo, castaño oscuro, que le fue cortado a lo presidiario, le ha crecido bastante. Se ve mucho menor de lo que aparece en las fotos. En la frente luce una cicatriz, huella de las torturas que ha sufrido. Nos corrimos hacia un rincón del patio, donde habló con más tranquilidad.

Le pregunté cuáles son los puntos principales en que basará su defensa. Me dijo:

“No puedo determinar personalmente eso, ya que se me ha designado un abogado de oficio, y es él quien fija mi defensa. Sólo al final del proceso podré hablar”. (Debray responde con voz intermedia y pausadamente).

Pregunta: ¿Por qué no designó un defensor personal?

Debray: “Se han cometido demasiadas irregularidades, muchas maniobras políticas y yo no podía protocolizar este juicio nombrando un abogado. Mi familia escogió uno, que fue

objeto de manifestaciones que pusieron en peligro su vida. Tampoco puedo yo arriesgar así a una persona, incluso llevarla a enemistarse con el Gobierno boliviano”.

Pregunta: ¿Se refiere a Flores?

Debray.—“Sí. Mi defensa debería ser política, pero no sé qué hará el señor Novillo (su actual abogado). No ha visto aún el expediente de mi confesión”.

Pregunta.—¿Qué estaba escribiendo, Régis?

Debray.—“Escribo un libro, sobre literatura”.

Pregunta.—¿Americana?

Debray.—“No, es una obra literaria, es un libro de recuerdos personales, de experiencias, de mi generación, de mis amigos, hablo de Sartre y de intelectuales que he conocido”.

Pregunta.—¿Incluye su experiencia actual?

Debray.—“No, no hay nada de esto”.

Pregunta.—Régis, quisiera que me dijera algo sobre la evolución de su obra, del proceso a través del cual llegó a los planteamientos de “¿Revolución en la revolución?”

Debray.—“Yo no tengo una obra todavía (se ríe). Mi verdadera obra no ha sido publicada aún. Sólo se han publicado algunos ensayos sobre la revolución en América Latina porque me parecía de urgencia hacerlo. Esos libros no son muy importantes, sólo son síntesis, resultados de experiencias ajenas y personales, de ahí que no entienda ni justifique toda esta publicidad que se levanta en torno a mi persona”.

Pregunta.—Tal vez sea porque de una u otra manera, quíeralo usted o no su libro ha sido y está vinculado ya al proceso revolucionario de América Latina, y eso interesa a moros y cristianos”.

Debray no responde, pero asiente en silencio.

Nuestra conversación va de un punto a otro sin orden y Debray me interrumpe cada vez que puede para interrogarme sobre Chile.

Debray.—“Y en Chile, ¿qué reacciones provoca mi caso?”

Pregunta.—Como en todos los países creo. Hay reacciones diversas, pero la prensa se muestra muy interesada por las expectativas del juicio.

Debray.—“¿Qué expectativas? Si está todo preparado para dar gusto al ejército y a los norteamericanos. Hay una condena de 30 años que ya está lista, se me ha puesto el traje de presidiario incluso, que creo que no se usa sino en ciertos países con anterioridad al fallo, y me han dado el N° 001, aunque existen otros reos anteriores a mí. Es un honor que agradezco altamente”.

Pregunta.—¿Qué piensa de las declaraciones de Carrillo, el guerrillero herido y hecho prisionero en Masicuri?

Debray.—“No hay nada extraordinario, primero porque yo fui muchas veces a cazar antes, durante mi permanencia en el monte y tenía una carabina, lo hacía en compañía de varias personas, entre ellas Bustos, y segundo porque el ejército ha ordenado a todos los presos que declaren en mi contra. Todas esas declaraciones de que portaba armas y he estado en combate y con el Che Guevara son normales, previsibles, esperadas en un proceso bien preparado y planificado. Espero que mi confesión se haga pública para que se conozca mi versión. En realidad, no me interesa el proceso. Es una puesta en es-



El Coronel Luis Reuque Terán, comandante de la IV División, encargada de la represión contra los guerrilleros, conversa con oficiales de aviación.

cena donde no soy escenógrafo sino un objeto de decorado”.

Pregunta.—¿Usted no tiene confianza entonces en su abogado?

Debray.—“Sí, tengo confianza, pero no me interprete así. El es un capitán de ejército, no conoce bien mi caso, recién está leyendo mis cosas y conociendo el expediente”.

Pregunta.—Pero del proceso ¿usted no espera nada?

Debray.—“Espero 30 años, que es bastante, es decir en años. Pero de justicia, no espero nada”.

Pregunta.—¿Qué opina de la política chilena, cómo la ve?

Debray.—“No conozco bien la política chilena. Sólo estuve dos meses en su país. Bueno, hay que ver si Frei logra su propósito. Puede que no haya tanta libertad, pero puede que haya libertad pero que no haya revolución finalmente. En ese caso, sería un fracaso, sobre todo si esa libertad, en términos económicos, sólo favoreciera a las clases dominantes y a los dueños del cobre, porque tengo entendido que hay chileneización del cobre y no nacionalización y es una diferencia sutil, pero muy importante. Pero yo me siento muy bien en Chile, por el vino, las mujeres. Cuando estoy en Valparaíso, cuando camino por las calles de ese puerto es como si anduviera en París. Chile se parece mucho a los países europeos”.

Pregunta.—¿Para bien o para mal?

Debray.—“Sí, para bien. Porque para mal sólo se parece a Europa en su rechazo a la violencia y en su apego a la burguesía. Pero, me gusta Chile, tiene costumbres felices”.

Pregunta.—Y de la izquierda chilena, ¿qué piensa? Es la izquierda más organizada del continente y no sigue la vía violenta.

Debray.—“Sí, es una izquierda muy fuerte

y no sigue la vía violenta todavía porque no están dadas las condiciones. Es un caso especial, por la trayectoria del país, donde existe una democracia bastante perfeccionada según el esquema burgués, con una gran amplitud en la libertad de prensa, casi no hay analfabetismo y el ejército no toma decisiones políticas. Pero le corresponde a la izquierda chilena decir lo que hará, yo no puedo decir nada sobre eso”.

Pregunta.—Sólo le preguntaba su opinión...

Debray.—“Ya di mi opinión en un artículo. Pero deseo que usted anote mis agradecimientos a Salvador Allende, por el mensaje que envió, por su intervención en mi favor, aunque no comparto totalmente sus ideas ni él las mías me ha emocionado mucho su gesto”.

Pregunta.—¿A qué se refiere cuando dice que no comparté las ideas de Allende?

Debray.—“No comparto todas sus posiciones. En realidad no quiero mezclarme en eso, no conozco bastante, no me haga decir más disparates, no deseo entrar en ese terreno”.

Se ha acercado a nuestro lado el capitán Hurtado. Lleva una máquina fotográfica para captar instantáneas de la escena.

Pregunta.—¿Cómo pasó su cumpleaños, Régis? ¿Es verdad que recibió regalos de la población?

Debray.—“Lo pasé bien y mal. Sólo recibí regalos de mi familia, pequeñas cosas, útiles, prácticas, libros, tabaco, lápices, no creo que el momento era como para festejarlo en grande”.

Pregunta.—¿Recibe muchos libros?

Debray.—“Sí, ahora me han llegado unos cuantos libros de filosofía”.

Pregunta.—¿Se los trae su padre?

Debray.—“Algunos, la mayoría me llegan por intermedio de la Alianza Francesa de la

Paz y Cochabamba. Con ellos he empezado de nuevo a estudiar”.

Pregunta.—¿Qué piensa de la derrota de los guerrilleros en Masicurí?

Debray.—“No tengo informaciones precisas de Masicurí. Creo que se trataba de gente cansada y enferma que cayó en una emboscada”.

Pregunta.—Pero en general, después de 8 meses de estar operando las guerrillas, ¿qué piensa de su avance o retroceso?

Debray.—“En la guerra se reciben y se dan golpes. Además hay que tener en cuenta que una guerrilla no es una insurrección, es un proceso largo, de muchas etapas, con altibajos, que dura muchos años. Es el pueblo de Bolivia quien decidirá finalmente, él es el único juez. Está bien entendido que sin el apoyo de una parte importante de la población las guerrillas no se podrán sostener”.

Pregunta.—Justamente, sobre eso quería decirle que, después de estar un mes en La Paz y otras ciudades de Bolivia, me da la impresión que las guerrillas siguen aisladas del apoyo popular.

Debray.—“Siempre es así. En los primeros momentos se está aislado. Todos los contactos con el pueblo los tiene la parte oficial y los maneja según sus intereses políticos”.

El capitán Hurtado me avisa que debo terminar la entrevista y manda a Debray entrar a su pieza.

Pregunta.—Antes de terminar Régis, ¿tiene algo que agregar a esta conversación, alguna última declaración?

Debray.—“Bueno, tratándose de que usted es chileno quiero agradecer por su intermedio a todos los sectores de la izquierda chilena que han manifestado su simpatía por mi persona y mi posición”.

“Espero que el pueblo chileno sepa utilizar

cabalmente el margen de libertad que posee para hacerse un juicio de lo que está pasando en los países vecinos . . .”

Debray guarda un momento de silencio, mientras el capitán apura. Finalmente agrega, con cierta emotividad:

“Y muchas cosas más que quedan en mi corazón y que pueden resultar disparates...”

La entrevista duró 20 minutos. Los parlamentos reproducidos son textuales, corresponden a la versión magnetofónica.

El cuarto que ocupa Debray no presta mayores comodidades. Tal vez de lo que más sufre el prisionero es de la falta de sol y aire. La única ventana, que da a la calle, ha sido tableada completamente por dentro y cubierta de barrotes, por fuera. Las paredes lucen algunas fotografías, varias recortadas de revistas. Al lado del escritorio, sobre un banco, espera una pequeña fuente con frutas que le llevaron sus padres.

La falta de espacio del detenido ha sido captada por el Coronel Remberto Torres, juez relator, quien dispuso que de vez en cuando se le lleve a la casa de la Comandancia, al lugar donde funciona la secretaría del Tribunal Militar. Es una casa-quinta, con patios grandes y jardines. “Lo he hecho, dice Torres, para que Debray tenga mayor visión panorámica, esté más tranquilo, al margen de curiosos y con mayor amplitud para moverse. Donde tenga sol y el hombre pueda estar libremente con sus defensores y familiares”. Hasta esa oportunidad la medida había sido aplicada sólo una vez, según me declaró el juez.

Con los paliativos de estas pequeñas y escasas ventajas, Debray esperaba, resignado a las dilataciones y sin esperanza ninguna, los debates públicos del proceso donde se le juzgará por participación y complicidad en las guerrillas bolivianas.

Un delator vendió a la patrulla guerrillera

LOS dos hombres caminaron toda la tarde hasta llegar a la casa de su ex patrón Honorato Rojas. Luego de un breve descanso, continuaron viaje a Vallegrande. Eran las tres de la madrugada, del jueves 31 de agosto. Hablaron con el coronel Valencia, a cargo del destacamento apostado en el pueblo. Sin preparar siquiera alimentos y abrigo, se dispuso la partida inmediata de 31 hombres, bajo el mando del capitán Mario Vargas. Comenzaba así la cacería de uno de los más importantes grupos guerrilleros que operan en el sudeste boliviano y que terminaría con la muerte de 9 de ellos, la única victoria obtenida hasta ahora por el ejército boliviano.

La sección del capitán Vargas llegó a marchas forzadas a través de la tupida maraña del monte, a casa de Honorato Rojas, alrededor de las 5.30 horas. Con él confirmaron los datos de los peones sobre la presencia de 10 guerrilleros en la zona. “Han venido esta noche “Joaquín” y sus hombres. Son 10. Quieren comprar una vaquilla para pasar el hambre y que les indique un lugar donde vadear el río. No conocen la zona y están en malas condiciones.. Fue el informe que entregó Ro-

jas al capitán Vargas y que permitiría a éste preparar a su antojo la emboscada a los guerrilleros. El militar sabía que los guerrilleros confiaban en Rojas. Habían tenido contactos anteriores, a causa de los cuales Rojas estuvo preso. Logró su libertad a condición de que utilizara sus contactos para colaborar con el ejército. Esa madrugada, las Fuerzas Armadas bolivianas cobraron la palabra a Honorato Rojas.

Los dos peones hacían el servicio militar en Vallegrande. Por instrucciones del Ejército se mezclaron con la guerrilla aprovechando su calidad de campesinos. La tarde anterior lograron separarse para caminar hasta la casa de su patrón y comunicar después al Coronel Valencia la cercanía del grupo de “Joaquín”.

La primera reacción de la familia Rojas, madre e hijos, al ver acercarse a la patrulla guerrillera fue huir. Vargas les obligó a quedarse para que no delataran su presencia. “No deben huir”, dijo el jefe de hogar. “Deben permanecer como siempre, como si nada pasara, de modo que cuando vuelvan los guerrilleros no sospechen nada”.



Este es el cadáver de Gustavo Rodríguez, el médico cardiólogo de los guerrilleros, conocido como "El Negro". Fue herido en la emboscada de Masicurí, pero logró escapar. Más tarde una patrulla militar le dio muerte en El Palmarito.

A poco de llegar triunfante a Vallegrande el capitán Vargas, este enviado especial obtuvo un relato fresco y de primera mano sobre los hechos.

Hombre de la zona, Vargas conocía ciertos puntos de las márgenes del Río Grande especiales para emboscadas. "Buscábamos la altura que nos permitiera dominar el escenario e impedir huidas". Se eligió el Vado del Yeso, en plena zona de Masicurí.Bajo, a 80 kilómetros al sur de Vallegrande. "Le dimos instrucciones precisas a Rojas de cómo tenía que actuar", cuenta el capitán Vargas. "Llegado el momento debía llevar a los guerrilleros hasta el Vado y después separarse de ellos. Tú te pones una camisa blanca, le advertí, que permita identificarte a larga distancia entre los uniformes grises de los guerrilleros, en caso de que te obliguen a cruzar con ellos el río. Pero los guerrilleros nunca dejan ir con ellos a los campesinos que les sirven de guías una vez que han indicado el camino, y así ocurrió esta vez".

A las 6 y media de la mañana, los 31 soldados, fracciones de los regimientos "Brown" y "Manchego", de la 8ª División, acantonada en Santa Cruz, estaban ocupando sus posiciones en el lugar indicado. El capitán Vargas los distribuyó en forma de U. Con tres hombres cerró la huida por el Norte. Se quedó con 12 hombres distribuidos en la margen contraria al sitio por donde se suponía que aparecerían los guerrilleros. El resto se ubicó en la orilla opuesta. El lugar es un perfecto cañón y se evitaron los cruces de playas anchas para evitar el desplazamiento de "Joaquín" y su gente. Hasta el atardecer esperaron los

fusiles detrás de los matorrales de la quebrada del Vado del Yeso.

"Nosotros sabíamos que el grupo venía mal", relata el capitán Vargas. "Por Rojas nos enteramos que fuera del hambre y la falta de equipo, había discusiones entre ellos sobre los próximos pasos. El grupo quedó desvinculado del núcleo central y buscaba un contacto".

"En presencia de Rojas, "Braulio", el mulato, se mostró partidario de tender una emboscada a las patrullas militares que recorren la zona. "Joaquín", que era el jefe, decidió finalmente vadear el río en busca del resto de las guerrillas. Ellos entraron a una zona que no dominaban. En cambio, nosotros conocíamos perfectamente el lugar, habíamos hecho entrenamientos y acampado muchas veces ahí. Por primera vez, nosotros dominábamos el terreno y ahora los guerrilleros estaban en nuestro papel de siempre, ignorantes del campo donde teníamos que operar." A las 5,20 de la tarde, hora registrada por el Capitán Vargas, la tropa abrió fuego, matando en las primeras descargas a tres guerrilleros, entre ellos a "Tania", Laura Gutiérrez Bauer.

El primero en aparecer fue "Braulio". Venía con Rojas y en la orilla del Vado se despidieron. Rojas contó después que "Braulio" le preguntó por las huellas dejadas por los soldados esa mañana. "Son antiguas", le dijo el campesino.

"Rojas se portó muy astuto", comentó el capitán Vargas. "Como "Braulio" le discutiría que eran huellas frescas, Rojas terminó por convencerlo que las habían dejado sus

hijos, que siempre bajaban al río detrás de los chanchos”.

Al parecer el guerrillero a quien se le atribuían experiencias en Vietnam y Sierra Maestra, se convenció o confió en la buena fe de su guía. Con cierta desconfianza, sin embargo, hizo señas hacia el bosque para que esperaran y comenzó a cruzar solo el río.

“Mis hombres, dice Vargas, me pedían que tirara. Déle, capitán, me decían. Lo llegué a tener a 20 metros de mi fusil. Pero me contuve para que no escaparan los otros. Había colocado un soldado, en quien confío mucho, más abajo y más alejado y esperaba que éste terminara después con Braulio. Antes de salir a la otra orilla y cuando ya se nos perdió de vista, Braulio debió dar la señal a los guerrilleros porque comenzaron a aparecer en fila india. “Joaquín”, primero, y cerraba la marcha “Tania”.

“Con la mayoría de ellos en el agua, cuenta el capitán Vargas, y cuando venían de frente hacia nosotros, abrimos fuego. Inmediatamente botaron sus mochilas y sus armas, que se las llevó la corriente y trataron de guarecerse en el agua. Comenzaron a huir en dirección de la corriente, obligándonos a abandonar nuestras posiciones y a bajar a la orilla. Desde ambos costados fuimos disparando y eliminándolos uno por uno. Todo no duró más de 20 minutos”.

¿Cómo murió “Tania”, capitán?

Vargas: “Fue una de las primeras en caer. Yo hice mi primer disparo y se me trancó el fusil. Tomé otro y al levantar la vista vi que ella se agachaba lentamente. Era el blanco más visible. Vestía blusa blanca y pantalón marrón, distinguiéndose nitidamente entre las figuras grises de sus compañeros que, desde lejos, sólo aparecían como bultos. Tania llevaba una boina y el pelo caía sobre sus hombros”.

“Tania” cayó sin hacer uso de su arma y sin siquiera alcanzar a desprenderse de su equipaje. Su cadáver fue hallado a 8 kilómetros del lugar, a orillas del Río Grande, después de 5 días de búsqueda por los militares.

Después de tres días de espera para ver el cadáver, las autoridades militares dijeron a los corresponsales que había sido enterrado de inmediato, previa identificación, debido a su avanzado estado de descomposición. El parte agregó que la autopsia confirma que “Tania” murió de dos disparos de fusil.

El único que conservó su arma y ofreció combate fue Braulio, según el capitán Vargas. Mató al soldado Antonio Vaca, la única baja del ejército, enterrado con todos los honores en Santa Cruz.

José “Paco” Carrillo quedó herido y salvó con vida después de esconderse detrás de un peñasco de la orilla, donde fue hecho prisionero. Ocupaba el lugar anterior a “Tania”, en los momentos de vadear el río.

La identificación practicada por la policía en el Hospital de Vallegrande, que calificó a 3 de los cadáveres como “cubanos”, le jugó una mala pasada días después al Ejército. Se dijo que entre los 7 muertos exhibidos a la prensa en Vallegrande estaba “El Negro”, Gustavo Rodríguez, médico cardiólogo, presentado a la prensa como “cubano”. Pero el domingo 3 de septiembre, el Ejército tuvo que retractarse. Junto con mostrar el cadáver del “verdadero” doctor Rodríguez, en un cuartel de Choreti, aeropuerto de Camiri, el parte

oficial dijo que “El Negro” fue muerto en un encuentro con los guerrilleros en “El Palmarito”, a 34 kilómetros del Vado del Yeso, al norte. Existe la versión, por otra parte, que “El Negro” logró huir herido de Masicuri-Bajo y fue encontrado por una patrulla militar en “El Palmarito” donde le dieron muerte.

El “desastre” de Masicuri tuvo el efecto de una inyección estimulante para el Alto Mando militar boliviano, que en 8 meses de guerrillas no había podido ofrecer una victoria de tantas proporciones. Las declaraciones se sucedieron por tres días en euforia ininterrumpida. Parte de esa euforia fue pintada desde el comienzo por el capitán Vargas, cuando, en presencia de este periodista, se dirigió al Coronel Valencia para relatarle el momento en que aparecieron los guerrilleros en la orilla del Río Grande.

“La primera reacción de los soldados, sabe mi coronel —dijo—, no fue de miedo, todo lo contrario, se frotaban las manos y aprontaban los fusiles. ¡Nunca los habíamos visto antes, era la primera vez que los teníamos a nuestro alcance!” Los 31 soldados recibieron licencia y fueron ascendidos al grado superior. El capitán Vargas a Mayor. La alcaldía de Vallegrande preparó una fiesta especial para recibirlos.

Ese fin de semana, el ejército supo que en la zona había más guerrilleros. El martes 4, comenzaba una nueva operación, que, según voceros militares, estaba destinada a eliminar al núcleo central de las guerrillas. El coronel Luis Reuque Terán, comandante de la 4ª División, con asiento en Camiri, hizo declaraciones diciendo que en la zona de Masicuri está el fuerte de los guerrilleros, unos cien hombres, dirigidos por los hermanos Peredo y presumiblemente por el Ché Guevara. Un alto personero militar “confidencioso” que dentro de una semana los periodistas darían la noticia más grande de las guerrillas al anunciar la muerte del Ché en las selvas del sudeste boliviano.

Se ha calculado que la operación movilizó a cerca de 2 mil soldados, de las divisiones más diestras en la lucha anti-guerrillera, destacadas desde hace meses en la zona de combate.

Antes de uno de esos viajes, pudimos conversar con el coronel Augusto Calderón Miranda, comandante del batallón N° 1 de la 4ª División. Sus palabras dan una visión más exacta de cómo se está desarrollando ahora la lucha antiguerrillera en Bolivia. Calderón ha participado en 11 encuentros con guerrilleros, apoyado en 6 por la aviación. Ha hecho 3 bajas, mientras que a él le han muerto a dos soldados y herido otros 6, según declara. Los lugares de esos encuentros han pasado ya al historial de las guerrillas: Pirrendo, La Manga, El Platanal (donde murieron los dos soldados), El Espino (el más grande choque con “60 guerrilleros”), La Brecha, Montedorado, Piquiriguazo y otros. Todos en los montes que rodean a Camiri, a una distancia media de 60 kilómetros de ese pueblo. Por lo general, el encuentro entre un batallón, donde nunca marchan menos de 30 hombres, y un grupo guerrillero, sigue ciertas etapas que ya han pasado a ser clásicas. “Siempre nos internamos en el monte detrás de una pista”, dice Calderón. “Estamos en eso y viene la emboscada, después nuestra contrarréplica.

Las bajas caen siempre en los primeros disparos, después todos siguen luchando a la defensiva". La sorpresa es el arma más mortífera, luego viene la búsqueda de la presa, donde se dispara contra todo movimiento o ruido que se produce en la selva.

"Se pelea con fantasmas", es la queja más corriente del soldado boliviano. Han de emplearse principios militares no convencionales, donde el soldado tiene mayores posibilidades de imponerse en la medida en que sea capaz de operar como un auténtico guerrillero. Estas nuevas condiciones han transformado a todos los ejércitos del continente.

—¿Dónde fue adiestrado usted coronel Calderón?"

—"Recibí un curso teórico en uno de los Centros de Instrucción Antigüerrillera de Bolivia y tuve la práctica también dentro del país, pero hay oficiales entrenados en Panamá, Venezuela y Argentina".

—¿Es cierto que los guerrilleros buscan a los oficiales como blanco?"

—"Sí, siempre buscan a los oficiales, al principio los llamaban por sus nombres, ahora no, pero un oficial siempre se distingue aunque vaya con uniforme de camuflaje".

—¿Están utilizando perros en la búsqueda de guerrilleros?"

—"Algunas veces se han utilizado perros, ahora se ha generalizado más esa práctica".

—¿Y guías indígenas?"

—"También, los guías indígenas dan muy buenos resultados. Pertenecen a tribus guaraníes casi extinguidas, que conocen mucho la selva".

El problema geográfico fue uno de los más

serios que tuvo el Ejército al comienzo. Ahora la tropa, compuesta en su mayoría por individuos del altiplano, está aclimatada.

El mayor Calderón fue quien dirigió "la captura de 5 campamentos guerrilleros en Nancahuazú". Estos descubrimientos han recibido amplia publicidad en Bolivia y son muy comentados, especialmente porque el armamento encontrado era norteamericano y sin uso. El Ejército ha dicho que en tales campamentos se han hallado fotos comprometedoras para Debray. Sin embargo, Calderón declara que tienen fotos de Debray y el Ché Guevara "capturadas a prisioneros" pero ninguna de Debray en combate; "no hay fotos de combate, los guerrilleros nunca las toman", dijo.

Las guerrillas están exigiendo la renovación permanente de las tácticas de combate y el acondicionamiento a las particularidades de cada región. Le preguntamos al mayor Calderón: "¿qué consejo daría a sus superiores para mejorar el rendimiento de la lucha antiguerrillera?". Dio 4 puntos, que son la última palabra en el "modus operandi" de las fuerzas especiales bolivianas: "1) Reconocimiento por fuego, a base de disparos, en vez del reconocimiento visual de la presencia del enemigo; 2) Desplazamiento de columnas paralelas en lugar de una sola, todas en igual dirección, con distancias entre sí según el terreno, como mejor defensa para las emboscadas; 3) La distancia entre cada hombre en la columna debe ir en relación a la vista y al oído; y 4) Desplazamientos nocturnos permanentes, previos a cualquier combate".

Las nuevas tácticas obedecen al principio



Los cuerpos acribillados de otros dos de los guerrilleros, sorprendidos en la emboscada de Masicuri, en el cuartel del ejército en Camiri.

que prima en el Estado Mayor, por influencia del Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, General Alfredo Ovando, de extremar la ofensiva antiguerrillera, sin dar descanso, para impedir el reacondicionamiento de las guerrillas, obligándolas a salir de sus métodos, evitando que impongan el número de batallas y la intensidad de fuego. La política de "ir a la búsqueda del guerrillero" se impuso en la última operación "encierro" de Masicurí, puesta en marcha el martes 5 de septiembre, y de la cual, al cierre de esta crónica, no se tenían noticias sobre sus resultados.

Existe censura total sobre cualquier operación militar. Por tal motivo, las noticias demoran en romper la caparazón de las confidencias. Pero se sabe positivamente que el Ejército ha ocupado toda la Quebrada de

Nancahuazú, desplazando de esa zona a los guerrilleros. El último encuentro cerca de la región, desfavorable para la guerrilla, según el parte oficial, demostró hasta qué punto los "rangers" del ejército tienen dominado lo que fue el corazón geográfico de las guerrillas que operan en el sudeste de Bolivia.

Pero, por otra parte, existe inquietud, hasta en los círculos militares, por la demora de la contraofensiva de los guerrilleros. Especialmente, después de la emboscada de Masicurí-Bajo. El primer atisbo de que habrá represalia guerrillera es el incendio de la propiedad de Honorato Rojas, el delator. El gobierno boliviano respondió indemnizándolo y entregándole un premio en dinero por "su colaboración con las Fuerzas Armadas". La conciencia de Rojas, en todo caso, no debe estar tranquila.

Oficiales bolivianos juraron asesinar a Régis Debray

CAMIRI.— ¿Cuáles son las pruebas que tiene el Ejército de Bolivia para condenar al escritor y ensayista francés Régis Debray, acusado de complicidad y participación en las guerrillas de este país?. En torno a esta cuestión se han hecho girar todas las expectativas, al menos publicitariamente, del proceso que sigue aquí el Consejo de Guerra a Debray y otros 5 detenidos.

La prensa boliviana acoge diariamente las versiones más diversas para agregar nuevos hechos que condenen a Régis Debray. En tal sentido, algunos corresponsales extranjeros asisten sorprendidos a una de las más gigantescas campañas de prensa desatada nunca para demoler a un individuo.

"El Diario", de La Paz, recibió un desmentido escrito del propio Régis Debray, al publicar una información donde el francés aparece declarándose culpable. La "noticia", aparentemente, sólo podía ser la confesión de Debray ante el Juez relator del proceso, Coronel Remberto Torres, la que legalmente debe estar rodeada del más estricto secreto. Debray desmintió uno por uno los cargos que según "El Diario" habría aceptado ante el Juez Torres.

Compilando las que podrían ser las acusaciones más duras, se calcula que el ejército tiene las siguientes "pruebas de fuego":

1) Una foto de Debray dictando cursillos sobre lucha armada en un campamento guerrillero. Según versiones, habría sido tomada por Roth y confiscada durante su prisión;

2) Otra foto de Debray, esta vez portando armas; otra con el "Che" Guevara y riendo con guerrilleros cubanos en el monte boliviano, y una tercera, la más decisiva, donde aparece el teórico francés apuntando a un capitán durante un encuentro entre la tropa y los guerrilleros. Ese capitán está muerto;

3) Los testimonios de 3 guerrilleros bolivianos procesados junto a Debray que habrían confesado haber visto al francés en el monte como un combatiente de la guerrilla;

4) Las declaraciones del guerrillero "Paco" Carrillo, herido y hecho prisionero en la emboscada del Vado del Yeso, que según las versiones coincidentes de la prensa boliviana habría confirmado la presencia del "Che"

Guevara en el monte y la participación de Debray en las guerrillas, a quien habría visto portando armas;

5) Durante mucho tiempo la prensa, especialmente el vespertino "Jornada", de La Paz, especuló afirmando que el argentino Ciro Roberto Bustos, detenido al mismo tiempo que Debray, sería "testigo de cargo" contra el francés en la fase pública del juicio, y

6) El Ejército habría encontrado en los campamentos guerrilleros descubiertos en Nancahuazú, el uniforme de combate de Debray y fotos personales muy comprometedoras, además de documentación que presentará como prueba de culpabilidad.

Pueden escapar aquí muchas otras versiones, pero éstas son las favoritas de los acusadores de Debray. El propio Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, General Alfredo Ovando, ha contribuido a crear este clima de misterio, cuando declara en rueda de periodistas que "se tienen pruebas concluyentes en contra de Debray", sin agregar más detalles.

Vistos uno por uno, estos hechos tienen su contrapartida. Las fotos y otros objetos serán aclarados con la muestra visual y la comprobación de su autenticidad, que deberá exigir la defensa. En cuanto a declaraciones de guerrilleros detenidos, son más resistentes por la calidad de prisioneros del Ejército de tales testigos. Consultado sobre ellas, el propio Debray ha dicho que no es raro que lo hayan visto con armas, pues fue muchas veces a cazar en el monte, y que Carrillo, por ejemplo, está herido y prisionero del Ejército, por lo tanto sujeto a toda clase de presiones para declarar en contra de su propia voluntad.

El Consejo de Guerra, asilado en el secreto judicial, no confirma la existencia oficial de estos testimonios y pruebas materiales. El Consejo desea aparecer ante la opinión pública nacional y mundial como una entidad independiente, sobre la cual, según palabras del coronel Torres, "no tiene ingerencia nadie, ni siquiera el Presidente de la República". En este afán ha llegado a designar a George Debray co-defensor de su hijo, en un acto jurídico sin precedentes.

Frente a las "pruebas" condenatorias con-

tra su hijo, George Debray ha preguntado: "¿Por qué si el Ejército tiene una carga tan poderosa, capaz de encerrar a mi hijo por 30 años en la cárcel, no inició antes este proceso prolongándolo sin motivo hasta esta fecha?"

En un análisis más técnico de la situación legal que rodea a Debray no se ve hasta ahora, ciñéndose a la letra de las disposiciones legales vigentes, que se pueda dictar una condena superior a 8 años, en el peor de los casos.

La pena de muerte está descartada en Bolivia por precepto constitucional, y sigue siendo descartada por quienes observan el juicio a pesar de la nueva interpretación que ha dado al artículo pertinente el Fiscal Rembero Iriarte.

Este afirma que la pena de muerte no se aplica "sólo en algunos casos". A su opinión se agrega la del Juez Relator, coronel Rembero Torres, quien en declaraciones a la prensa ha dicho que "la pena de muerte no existe en Bolivia, por disposición constitucional, pero en caso de guerra los delitos adquieren su propia legislación y a un prisionero se le puede aplicar la pena de muerte por traición, por ejemplo".

Por otra parte, disposiciones del Código Penal Civil, que curiosamente es más estricto que el militar, señalan que la pena de muerte se aplica en ciertos casos "pudiendo ser conmutada por condena de 30 años".

Las versiones sobre los cargos que presumiblemente se harán a Debray, que sólo serán conocidos oficialmente en la fase pública del proceso, van desde "asesinato" hasta "complicidad" con las guerrillas.

El primero es un cargo que requiere de una configuración delictual muy precisa, empezando por la necesidad de tener el cuerpo del delito. El el menos probable.

Los cargos de complicidad o participación en las guerrillas tienen diversas facetas. Si la acusación logra comprobar que Debray es "jefe principal" de la rebelión armada, podrá conseguir una pena máxima de 30 años de cárcel, según el Código Militar, y por tratarse de un delito originado en una zona declarada militar, lo que lo acerca al "estado de guerra". De lo contrario, sólo podrá obtener una condena superior de 8 años de cárcel o de extrañamiento del país, por tratarse de "un participante de la rebelión".

Presumiblemente, las principales disposiciones a que recurrirá la acusación para inculpar a Debray son:

Artículo 106 del Código Militar: "En tiempo de paz se castigará: Al jefe principal que hubiese consumado la rebelión y al que se pusiese a la cabeza, siendo persona distinta, con extrañamiento de 5 a 10 años. A los demás jefes con extrañamiento de 4 a 6 años. A los oficiales, con extrañamiento de 2 a 4 años".

El Decreto Ley N° 07312, aprobado el 9 de septiembre de 1965, por la Junta Militar de Gobierno presidida por los Generales René Barrientos y Alfredo Ovando Candia, conocido como Ley de Seguridad del Estado, en su artículo 1º) "Son delitos contra la seguridad del Estado, además de los señalados en el Libro 1º, Título 3º del Código Penal, los siguientes: a) la formación de grupos irregulares o

su irrupción desde el exterior con objeto de establecer áreas geográficas para sustraerlas de la autoridad del Gobierno o tratar de apoderarse de éste; buscar el enfrentamiento armado con las fuerzas regulares o las de los organismos de seguridad pública.

Sanción: de 4 a 8 años de presidio.

h) La propaganda y agitación, sea oral o escrita, individual o colectiva, que incite a la violencia para apoderarse del Gobierno de la Nación, a la formación de grupos irregulares armados (guerrillas), actos de terrorismo y hechos de sabotaje, retención ilegal de bienes del Estado, huelgas ilegales, desobediencia a las leyes y resoluciones del Gobierno, bloqueo de vías de comunicación, paralización de servicios públicos y cualquier acto o hecho que interfiera a la realización de las labores de desarrollo del país.

Sanción: de 6 meses a 3 años de reclusión".

Se ha señalado a esta última disposición como una de las que se tratará de aplicar directamente al caso de Régis Debray. El Decreto N° 07312 ha sido declarado en repetidas oportunidades inconstitucional por los partidos de oposición.

A estas posibilidades legales se agrega el fantasma del asesinato de Debray, en cualquier momento, que pena sobre el juicio y es uno de los temas favoritos de los corresponsales que dan curso a cualquier versión al respecto.

Las posibilidades de que ello ocurra son tan imprevisibles como decir en este momento cuál será exactamente la pena para Debray. Imprevisibles, fundamentalmente por la situación política que vive el país, cuyo peso sobre el proceso es innegable.

Sobre las posibilidades de que Régis Debray sea asesinado, su madre hizo categóricas declaraciones al llegar a Cochabamba, al periódico "Extra". Esas declaraciones de la señora Debray son dramáticas porque no hay ningún corresponsal extranjero en La Paz o en Camiri que no opine en su fuero interno que Debray será, finalmente, eliminado físicamente por la dictadura boliviana.

Los militares en Bolivia están estrechamente ligados al Pentágono norteamericano y a los "gorilas" de Argentina, Paraguay y Brasil. Ninguna de esas siniestras fuerzas puede permitir que Debray, el lúcido autor de "¿Revolución en la Revolución?" pueda vivir. Desean asesinarlo y el resultado del juicio, aunque sea una condena a presidio, no los va a desanimar en ese propósito. Se afirma, incluso, que un grupo de oficiales bolivianos, compañeros de armas de los caídos en combates con los guerrilleros, se han juramentado para asesinar a Debray, una vez que haya terminado el proceso que, en realidad, sólo es una pantomima que se monta para fines exteriores. El régimen de Barrientos quiere demostrar que en Bolivia impera cierta legalidad y por eso su interés en el juicio. Pero ha hecho lo posible por desalentar a los corresponsales extranjeros, dilatando la iniciación del juicio, a fin de que los periodistas extranjeros se retiren del país. De todos modos, cuando Debray sea condenado a presidio, finalmente quedará solo, en manos de quienes se han comprometido a eliminar al más destacado analista y teórico de la lucha guerrillera en América Latina.

El Che Guevara trató de rescatar a Debray

LAS guerrillas bolivianas salen de su reducto en la sierra. Los rebeldes cambian el fusil y el traje verde oliva por trajes de paisanos, y las armas por elementos de alto poder explosivo. Ya no sólo tendrán que luchar contra las enfermedades tropicales, los soldados, los insectos y víboras venenosas, sino también con el contraespionaje, la traición y las fuerzas policiales de las ciudades. Los comandos urbanos están listos para iniciar labores similares a las que realizan los revolucionarios en ciudades de Colombia, Venezuela, Guatemala, o los negros en Estados Unidos. Comienza en Bolivia la etapa de la guerrilla urbana.

Los integrantes de estos grupos son hombres comunes. Como "Willy", uno de los jefes, que es joven, de abundante cabellera y sonrisa a flor de labios. El anuncia que la guerrilla urbana comenzará a actuar "dentro de meses, tal vez semanas o incluso sólo haya que esperar días".

Los grupos rebeldes en las principales ciudades bolivianas están integrados por elementos de diversos sectores: profesionales, estudiantes, trabajadores de la industria, militantes de partidos Comunista, Revolucionario de Izquierda Nacionalista, Movimiento Nacionalista Revolucionario y Partido Obrero Revolucionario (tanto este último como el Partido Comunista se encuentran actualmente fuera de la ley), y otros.

La existencia de las guerrillas urbanas es un secreto. Incluso el gobierno trata de no dar importancia a la situación. Sus partes oficiales afirman que la zona en que actúan los guerrilleros de la sierra, está dominada. Niegan la participación de norteamericanos en las acciones de "limpieza" y la cifra de sus muertos la mantienen en una treintena.

Sin embargo, los guerrilleros dicen otra cosa. En el N° 1 del "Boletín" E.L.N. (Ejército de Liberación Nacional), órgano oficial gue-

rrillero, señalan como jefe del escuadrón norteamericano de "Boinas Verdes" que opera contra las guerrillas de Nancahuazú, al Mayor Shelton, escuadrón que contaría con 150 hombres. Sobre soldados muertos los rebeldes dan una cifra cercana a 60.

En este ambiente de contradicción vive el pueblo. Los bolivianos han tenido el raro privilegio de vivir entre revoluciones. La última, que llevó al general René Barrientos al Poder, fue presentada como cristiana y democrática. Pero incluso esto lo ponen en duda varios sectores representativos de Bolivia. El Secretario Ejecutivo del M.N.R., Movimiento Nacionalista Revolucionario, Leónidas Sánchez Arana, en una declaración pública señaló: "El Secretario Ejecutivo que suscribe, protesta airadamente por los uno y mil atropellos a la dignidad humana, perpetrados por el mal llamado Gobierno democrático y cristiano. Cristiano y democrático ¡qué sarcasmo!, Gobierno que al amparo de esos dos grandes adjetivos de contenido humanístico, niega el derecho al trabajo a humildes trabajadores que disienten del sentir del oficialismo, cual si éstos como todos los otros no tuvieran necesidades cotidianas que cubrir; pretende rehabilitar las empresas estatales con el hambre y miseria jamás vista de los obreros; amedrenta al pueblo con el silbido de los fusiles, el crepitar de las metrallass y con el ronco rugir de los cañones; comete asesinatos en masa como en las masacres de los últimos años que horrorizaron al Continente americano".

Pero no sólo son políticos los que opinan en este sentido. El representante del Papa Paulo VI, en Bolivia, Monseñor Carmine Rocco, dijo: "Antes (en el gobierno de Paz Estenssoro) podía ver a los presos políticos y, si éstos estaban enfermos, aunque con el enojo de San Román (Jefe de la Policía Política del régimen), los sacaba de la prisión para que los curasen. Ahora, en cambio, ni siquiera puedo verlos".

Este es el caldo de cultivo de las guerrillas que actúan en la sierra y de los que preparan su aparición en las ciudades. En la actualidad, los guerrilleros cuentan con mejores sistemas de comunicaciones que el propio Ejército. Según afirman comandos que operan en las ciudades, en uno de los choques entre rebeldes y soldados, "Inty" Peredo, hermano de "Coco" Peredo, jefe de los revolucionarios, fue herido de gravedad. Inmediatamente después que las tropas se retiraron de la zona, "Inty" fue trasladado a La Paz donde permaneció hasta su completo restablecimiento. También se dice, y esto lo confirmó "Willy" en la entrevista, que el Che Guevara permaneció más de una semana en La Paz organizando un comando para rescatar a Debray. Al saber que éste no estaba allí sino en Camiri, volvió a la sierra.

El ejército, por su parte, estuvo a punto de

*Este reportaje fue realizado sobre la base de una entrevista efectuada en La Paz a un guerrillero que pertenece a los comandos que, dentro de poco, comenzarán a actuar en las ciudades más importantes de Bolivia. Las condiciones en que fue lograda y el lugar exacto en que se llevó a cabo, se mantienen, por razones obvias, en reserva. Igual cosa se hace con el nombre del personaje central, pero se da a conocer su apodo de "Willy", que es efectivamente el que usa en sus actividades clandestinas.

La conversación con "Willy" se efectuó en una céntrica oficina de La Paz. Mientras hablaba no se mostró nervioso o apresurado. Más tarde explicó que tenía plena confianza en el sistema de seguridad que ejercían sus compañeros.

El resto de los antecedentes fueron logrados por distintos conductos. Todos ellos cercanos al sector revolucionario boliviano.

sufrir un tremendo descalabro cuando el teniente de aviación, Fernando Sanjinés Yáñez, que hacía un reconocimiento en la zona que dominan los rebeldes, ametralló a una patrulla de soldados al confundirla con guerrillas. Afortunadamente, los disparos no dieron en el blanco.

Todo esto, unido al llamado que hacen los guerrilleros antes de entrar en combate con fuerzas del Ejército regular, han hecho que muchos militares deserten de las filas.

EL CASO DEBRAY

"Willy" es claro y tajante al señalar que Régis Debray no tuvo nada que ver con el movimiento armado. Su presencia en la sierra estaba determinada por el interés de hacer un reportaje al Ché Guevara. He aquí el relato de "Willy": "Debray entró al país con permiso oficial de la Secretaría General de Informaciones de la Presidencia de la República. Fue autorizado para realizar estudios en la zona de las guerrillas antes que éstas hicieran su aparición. Incluso, a su arribo al país se le facilitaron mapas del sector, levantados por la Misión Geológica Alemana y la Fuerza Aérea de los Estados Unidos de Norteamérica. Cuando Debray fue detenido por las autoridades militares iba desarmado".

"Al tener conocimiento el general René Barrientos, continúa "Willy", que Debray estaba preso, se encolerizó y ordenó su reclusión y flagelación. Junto con los otros dos detenidos, Ciro Roberto Bustos y George Andrew Roth, Debray fue enviado de Muyupampa a Camiri, Choretí, Cuevo, Rinconcito y Esperanza. Sus continuos traslados se debían a que el Ejército temía una sorpresa y que los guerrilleros lograran rescatar al francés. En todos estos lugares fueron mantenidos sin abrigo, privados de alimentos y continuamente flagelados".

"Quien comandaba a los 12 soldados que maltrataron a Debray y a los otros dos detenidos, era el Mayor Rubén Sánchez, el mismo que fue apresado por los guerrilleros y el que luego dejaron en libertad. Esto se produjo en el choque entre las fuerzas del Ejército y los rebeldes en Ipiriti. Sánchez, prosigue "Willy", se ensañó con Debray, como tratando de olvidar el mal rato que le dieron los guerrilleros. Trataba, tal vez, de borrar el desagradable recuerdo de sus hombres llorando y pidiendo clemencia, ya que él fue el único que no cayó de rodillas ante sus captores. En esa patrulla también estaban, entre otros, el teniente Terán, del Ejército, y el Mayor Quintanilla, de Carabineros".

Hasta aquí el relato de "Willy". Sin embargo, se sabe que la detención de Debray tuvo otros entretelones. El segundo hombre fuerte del Gobierno de Bolivia, general Alfredo Ovando, supo tardíamente la noticia de la detención del intelectual francés. Su reacción, sin embargo, no se dejó esperar. Los generales Belmonte Ardiles y La Fuente, que comandaban las operaciones contra los guerrilleros, recibieron una fuerte reprimenda y la orden de terminar, de inmediato, con las torturas a que estaban sometiendo a los tres detenidos. Es así como nuevamente el general Ovando asumió el papel de moderador del explosivo carácter del Presidente de la República.

EL CHE GUEVARA

El hombre más buscado por las policías latinoamericanas, estuvo en Bolivia. Organizó las guerrillas, alojó en La Paz, volvió a la sierra y abandonó el país en un avión, cuya presencia en el cielo boliviano fue denunciada profusamente por la prensa de todos los países del mundo.

"El Comandante Guevara, afirma "Willy", estuvo aquí durante siete meses, aproximadamente. Su disfraz predilecto era el de un viejo con una nube en un ojo. Su participación en la fase organizativa de las guerrillas fue decisiva".

¿Hizo algo por salvar a Debray?

"Sí. Estuvo aquí en La Paz tratando de organizar un comando para salvar a Debray. Creíamos que lo tenían prisionero en el Alto Mando Militar. Cuando se enteró que estaba en Camiri, se regresó a la sierra".

¿Cuándo abandonó el país?

"Hace más o menos un mes y medio. Se fue en avión".

¿Dónde se encuentra actualmente?

"En un país latinoamericano".

¿Hubo otros extranjeros participando en las guerrillas?

"Actualmente, ninguno".

¿Cómo definiría al Che Guevara?

"La mejor definición que puede darse del Comandante es la que hace poco hizo de él un coronel del Ejército: ¡No es ni médico ni economista, es el mejor general que he conocido hasta la fecha. Hombre audaz, astuto e inteligente. Le tengo un gran respeto!, dijo".

El nombre que utilizó Guevara mientras permaneció en Bolivia fue "Ramón". De más está decir que su presencia no fue detectada por el Servicio de Inteligencia de Bolivia y las autoridades negaron, en repetidas oportunidades, que el argentino, nacionalizado cubano, hubiese pisado territorio boliviano. Se llegó, incluso, a propalar la noticia que Guevara había muerto en Santo Domingo.

ORGANIZACION DE LAS GUERRILLAS

Para quienes no está clara la participación de Guevara en el movimiento insurreccional boliviano, los guerrilleros exhiben su organización. Las armas con que cuentan son modernas y entraron por la frontera con Perú. En cuanto a los fondos del movimiento, son recolectados en las ciudades entre trabajadores, estudiantes, comerciantes, profesionales, etc.

El grupo guerrillero que opera en la sierra cuenta con unos 150 hombres, distribuidos en comandos de 10 a 15 combatientes. Esta forma de operar está destinada, casi exclusivamente, a dar mayor movilidad a las columnas y a hacer más fácil su mimetización con el medio. También facilita el desplazamiento entre grandes distancias en un mínimo de tiempo. Tanto es así, que los cinco mil soldados destacados en la zona aún no han podido cercar a un solo grupo de rebeldes.

Todo esto, agregado al conocimiento que tienen los guerrilleros de la zona en que operan, hace que su posición, por el momento, sea prácticamente indestructible. Su dominio de la zona es tal, que en una oportunidad un avión Cessna de reconocimiento, pilotado por el teniente Velásquez, recibió 17 impactos de carabina en el fuselaje.

Ulla-Ulla, 26 de mayo de 1967.

Otra de las mayúsculas sorpresas que se llevaron los militares, se produjo hace poco. Un grupo de guerrilleros tomó por asalto la guarnición de Samaypata. Los soldados, una docena en total, se entregaron casi sin pelear. Sin embargo, uno de ellos perdió la vida al disparar en contra de los rebeldes. Una vez consumado el asalto, los guerrilleros despojaron de las armas y vestimentas a los militares y los dejaron a tres kilómetros del lugar.

Los guerrilleros afirman que ha habido robo de armas pertenecientes al Ejército, asaltos a polvorines y apropiamiento de pertrechos y alimentos. Incluso se comenta que los trenes procedentes de Argentina, y que según las autoridades, contienen sólo alimentos, son estrechamente vigilados porque ya han sufrido más de un asalto. Informantes allegados al Ejército de Liberación Nacional señalan que justamente esa es la causa que ha movido a los argentinos a enviar sus convoyes con escolta militar.

Pero frente a todos estos acontecimientos, el pueblo boliviano continúa su vida cotidiana. El pueblo continúa extremadamente pobre y una nueva clase hace su aparición: la clase militar.

"En la actualidad, dice "Willy", no hay militar, desde subteniente arriba, que no tenga un automóvil último modelo. Los de los generales, son Mercedes, y los de los subtenientes, sólo son Volkswagen".

¿Cree usted que el pueblo mira con indiferencia las guerrillas?

"El pueblo boliviano ha tenido muchas amargas experiencias. Las guerrillas son como el agua vivificadora que lo despertará de su letargo".

¿A qué atribuye usted la aparición de las guerrillas?

"Hay un momento en que los hombres se cansan de esperar. Se cansan de sufrir humillaciones. Se cansan de ser torturados. Yo vi a mi abuelo maltratar a sus campesinos en la finca. Vi a mi padre huyendo de las persecuciones de los políticos. He visto cómo el actual gobierno apresaba a distinguidos ciudadanos y los envía a los campos de concentración que mantiene en Ulla-Ulla, ubicado en la frontera con el Perú; Puerto Rico, cerca de la localidad de Pando; Pekín o Ixia, mas. Todo esto hace que el hombre, aunque no sea un frustrado, desee su libertad".

UNA CARTA REVELADORA DE LAS TORTURAS

Bajo el apacible carácter de los bolivianos, hay algo más que resignación. Cuando uno escucha sus opiniones en público cree que no hay nadie que apoye las guerrillas. Pero en privado, la situación es distinta.

El caso de Edwin Rodríguez, economista, es una muestra de lo que muchos sectores denominan: "detenciones arbitrarias y envíos a las cámaras lentas de muerte".

He aquí la carta enviada por Rodríguez a un amigo, desde Ulla-Ulla:

"Mi querido buen amigo:

Desde el 23 de mayo, fecha de mi brutal apresamiento y luego de mantenerme preso, incomunicado, sin darme alimentos ni agua, ni frazadas, en una celda de 2 x 1.50, con piso de cemento y oscura, me sacaron de noche a este pueblo.

Hace un frío que no se imagina. No hay ninguna clase de vegetación NI PAJA BRAVA. El "pueblo" tiene 4 habitantes. El jefe del DIC y 3 carabineros que, con sus respectivas mujeres, llegan a 8. Los 3 carabineros son indígenas, con quienes no se puede hablar. Sólo queda el jefe del DIC que, afortunadamente es hombre noble y generoso y no nos molesta. Aquí encontré al dirigente Jorge Alderete Rosales y al Coronel de Ejército, Aníbal Michel. Ayer el coronel Michel se marchó al Perú con salvoconducto.

Le ruego denunciar en todo el mundo al tirano BARRIENTOS y sus métodos, similares a los tiranos de Centroamérica y el Caribe.

Sin nada más que contarle, reciba mi cordial abrazo. Su grande y leal amigo."

Tras esta situación se encuentra, según muchos, la mano del Ministro de Gobierno, Antonio Arguedas. A él fue a quien se responsabilizó del asalto de la casa del doctor Guillermo Jáuregui, hecho acaecido el 26 de junio del presente año. Allí se efectuaba una reunión en que se agasajaba a la esposa de Paz Estenssoro. La mujer del ex Presidente fue maltratada al igual que el resto de los invitados. En esa oportunidad, se dijo que Arguedas había hecho todo aquello para desprestigiar al gobierno del General Barrientos. Incluso se llegó a afirmar que los asaltantes vestían blusones de la Aviación, fuerza a la que pertenece Barrientos. Arguedas es hombre de confianza de Ovando.

Bolivia vive un clima de eferescencia. Se debate entre las rimbombantes declaraciones del Gobierno y los ataques de la oposición autorizada. Se habla con mayor insistencia de presos políticos. Entre ellos se menciona a los ex Ministros de Estado, Mario Sanjinés y Alfredo Franco Guachalla; los casos del exedecán de Paz Estenssoro, Coronel Vargas, y del profesor César Chávez, etc. La mayoría de estos hombres fueron encontrados agónicos en caminos desiertos, luego de prolongada ausencia de sus hogares.

Este es el panorama de Bolivia. "Willy" afirma: "el camino no es nada fácil. Por delante tenemos a los militares, atrás están las serpientes, arañas y otros insectos venenosos. En las ciudades es distinto, sólo hay que temer a la lengua de los traidores y a los cañuflados ojos de los esbirros del régimen. Tal vez cuando la guerrilla triunfe nuestra labor sea transformada en leyenda y todo parezca fácil, pero hoy no es así. Los que piensan en guerrillas románticas, están equivocados. La guerrilla es un enfrentamiento cruel con la vida, pero da satisfacciones."

WILSON TAPIA VILLALOBOS
La Paz.

La prisión del editor de Debray

★ Este artículo fue escrito para la revista italiana *Tempo*, de Milán, por el editor Giangiacomo Feltrinelli, arrestado en Bolivia, donde quería asistir al proceso del prisionero político Régis Debray.

Giangiacomo Feltrinelli, heredero de una gran fortuna hecha en el comercio de maderas, tiene 41 años de edad y nació en Milán. Estuvo inscrito en el Partido Comunista italiano hasta 1958. Desde hace algunos años, Feltrinelli viaja a menudo a Cuba, para seguir de cerca la redacción de las "Memorias de Fidel Castro", de las cuales, anticipadamente, ha adquirido los derechos para todo el mundo. Feltrinelli fundó su casa editora en 1954. Sobre todo es famoso por haber editado con gran audacia la novela de Boris Pasternak, *El Doctor Zhivago*, y también *El Gatopardo*, de Tomasi Di Lampedusa, y por haber publicado a la mayor parte de los escritores vanguardistas italianos. Régis Debray es un autor de la Casa Editora de Feltrinelli.

EL General Barrientos ha dicho que salió bastante bien librado de mi arresto porque si en lugar de haber sucedido en la "democrática" Bolivia hubiese sucedido en otro país, no se hubieran limitado a echarme, y yo habría terminado junto al pelotón de ejecución. Pero quizás me hubieran explicado el por qué de esto. En La Paz nadie se dignó decirme por qué me habían detenido y arrestado, mantenido en la cárcel por un día y dos noches (ocho horas de las cuales en calabozo) y por fin la razón por la cual me embarcaron en un avión y me expulsaron del país con la invitación explícita de no dejarme ver más por aquellos lados, por lo menos, mientras las cosas vayan como van ahora. Pero, así como está la situación, —así como están— las cosas no van a durar mucho: los dictadores saben cómo comienzan su carrera, pero por suerte no son ellos los que deciden cómo y cuándo deben terminarla.

Por mi parte sabía muy bien lo que iba a hacer a Bolivia, y sabía también que esto no le iba a gustar ni a Barrientos ni al General Ovando ni a otros generales, coroneles, militares y reaccionarios que, haciéndose encarnizadamente zancadillas unos a otros, mandan en aquel desgraciado y pobrísimo país. No soy un ingenuo: por algo uno ha vivido en Europa bajo el nazismo y el fascismo para saber cómo suceden las cosas en estos casos. Partí preparado para lo peor. Pero estaba persuadido que era mi deber ir a Bolivia. En primer lugar era mi deber de editor. Quería asistir al proceso Debray. Había leído el libro de Régis Debray (*¿Revolución en la Revolución?*) en enero, en español, y me había impresionado, entusiasmado y golpeado. Había extraído de él la fortísima impresión que este muchacho, poco más que veinteañero, es una de las mentes más lúcidas y seguras de nuestro tiempo. Quería que escribiese otro li-

bro para mí y sobre todo quería llegar a ser su amigo. Lo había buscado vanamente en París y después en Cuba; y justamente mientras yo estaba en Cuba llegó la noticia que había sido hecho prisionero en Bolivia. Entonces, mientras todavía no se sabía si estaba vivo, si estaba en buen estado o herido, si lo habían asesinado brutalmente, decidí dedicarme por entero, en la medida de mis fuerzas, a la causa de su liberación. Ofrecí mi colaboración a la familia, organicé protestas de intelectuales, escribí cartas a las autoridades italianas y también una al Presidente Johnson solicitando solidaridad e intervención.

No digo esto ahora por vanagloriarme sino sólo para hacer comprender desde qué tiempo el caso Debray me preocupaba, ocupaba mi mente y mi tiempo. A principios de agosto anunciaron la apertura del proceso; fui a La Paz para poder conocer finalmente a Debray, verlo cara a cara, estrechar su mano, siempre que me lo permitieran.

LLAMAN A LA PUERTA

Pero naturalmente tenía también otras intenciones. Quería particularmente encontrar a alguien allí que me escribiera un libro sobre Bolivia. Un libro como yo quería: fuerte, violento, que dijera claramente cómo estaban las cosas. Y para tener un libro así —que yo evidentemente no puedo escribir— tenía necesidad de conocer gente y sobre todo de ver la situación con mis ojos, de darme cuenta. Quería comprender cómo estaba el país, cómo vivían y cómo pensaban los campesinos, los mineros, los estudiantes, los intelectuales; quería buscar, darme cuenta qué cosa era la guerrilla y cómo pesaba sobre la vida de Bolivia. Pero ahora he comprendido que para un general, un editor no es nadie, no es ni siquiera un periodista, no escribe artículos, no saca fotografías, no tiene detrás de sí un diario que siempre puede serle útil; un editor trafica con los libros y se sabe que para un general un libro es una cosa muy extraña y sospechosa. Y después sabía que era mi estricto deber de hombre. Ahora que he estado allí y que he visto la situación con mis ojos, estoy más que nunca persuadido que muchos debieran ir a Bolivia en estas semanas, en estos meses. Apenas puedan, vayan. Mientras vaya gente a Bolivia, Debray está a salvo. Pero la táctica de Barrientos es de alargar las cosas, de postergar el proceso de semana en semana con la esperanza que los 150 periodistas que están allí se cansen, que se cansen los administradores de sus diarios de pagarles los gastos y viáticos para nada, y que los periodistas se vayan y, apenas los testigos internacionales se hayan ido, la vida de Debray estará en peligro. Dirán que ha huido, como dijeron por Jorge Vázquez Viaña, también acusado junto con Régis. Lo habían apresado gravemente herido en el vientre y en el estómago, internado y hospitalizado bajo vigilancia, y operado; después dijeron que escapó dirigiéndose a la frontera de Paraguay (dis-

tante 150 kilómetros) aún con el vientre abierto, y que después ya no se supo más de él. Ahora acusan a Vázquez Viaña, además de conspiración, de sustraerse a la justicia.

Pero aún después del proceso, Régis será un peligro, quizás más después que antes. Mi experiencia en las cárceles bolivianas me ha enseñado de esto indiscutiblemente.

Mi odisea comenzó el viernes 18 de agosto, a las cinco de la tarde. Estoy en mi cuarto en el Hotel La Paz, en La Paz, y me hallo escribiendo. Llamaron a la puerta, abro, y en el umbral hay dos señores que se dicen agentes de la Interpol (¡dénse cuenta!) enviados por la Oficina de Inmigración. Me piden el pasaporte y me dicen que si voy con ellos me lo restituirán inmediatamente; si no, se lo llevarán. Respondo que no tengo ningún deseo de quedar sin pasaporte en un país donde hay tanta tensión y que estoy dispuesto a seguirlos. Cierro la puerta a mis espaldas y nos dirigimos al ascensor. Pero antes de subir al ascensor digo que he olvidado los cigarros, pido permiso y vuelvo atrás. Aprovecho para avisar a Sibila Melega, que había llegado hacía tres días, después de un largo viaje lleno de aventuras por el Amazonas. Le pido encarecidamente que avise a la Embajada y vuelvo con los agentes.

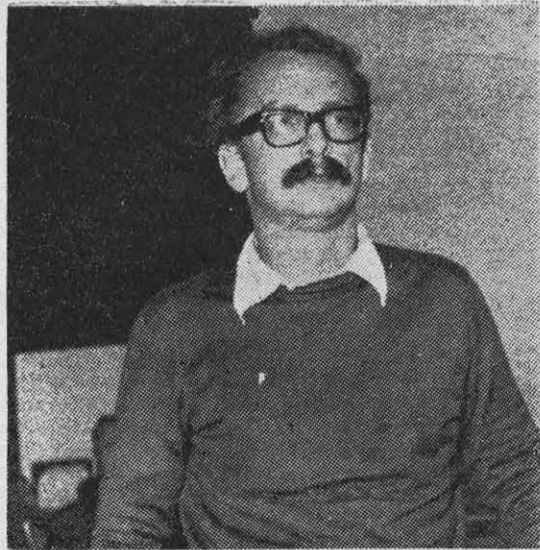
Abajo, en el "lobby", trato de llamar la atención de los clientes del hotel discutiendo en voz alta con los dos agentes. Uno de ellos quería dejarme solo con el otro para "ir a hacer una comisión" pero temo que quiera, en cambio, volver arriba e impedir a Sibila ir a la Embajada. Hago un intento y convengo a los dos agentes que están algo molestos, de ir los tres a cumplir esta bendita "comisión". Es una escena algo cómica, porque —total— se trata de ir a entregar una carta a una oficina en un palacio cercano. De nuevo en la calle los dos llaman un taxi y del taxi ¡miren qué casualidad! descienden tres abogados venidos a La Paz para asistir al proceso Debray. El belga Lallemand, un francés que me parece se llama De Fabrizzi y el italiano Ferruccio, de la Corte Dei Conti. "Me llevan" digo yo y Ferruccio me consuela: "¡vas a ver Feltrinelli que esta noche a las ocho estarás de nuevo en el hotel!".

Los dos agentes me llevan al Ministerio del Interior. Pero me doy cuenta que la Oficina de Inmigración está en el segundo piso y el ascensor en cambio sube hasta el cuarto. Pregunta por qué; me explican que se trata de una "sesión especial". La respuesta no es muy tranquilizadora. Me introducen en una oficina con un escritorio de madera y dos sillas, y un individuo de civil que los otros llaman "mayor" empieza a preguntarme si es verdad que yo había tratado de ir a Camiri donde está detenido Debray, y cuando le explico que la Embajada italiana me había aconsejado pedir el permiso al coronel Ríos, el cual a su vez me había postergado para el martes 22 en espera de la respuesta del General Ovando, el mayor inexplicablemente monta en cólera gritando cómo yo pude llegar hasta Ríos y Ovando. Estupefacto digo que es práctica corriente entre los periodistas.

"¿Usted es periodista?", me pregunta.

—No, editor.

El vuelve a gritar, después llama a otro, el cual llega con un voluminoso cuestionario y empieza a interrogarme, pero yo me limito a declinar las generalidades y rehuso responder



Feltrinelli, editor de Debray.

a toda otra pregunta. Entonces cambian de táctica. Viene un rubiecito elegante, bonito, con la voz muy suave, que pretende entablar "conversación". Hablar de libros, música, deportes, pero yo no le doy cabida y le digo que no tengo ganas de "conversar" con él. Que mejor me diga por qué estoy allí.

DONDE ESTA EL DINERO

Ninguna explicación. Y como la escena es algo absurda, él, haciendo preguntas parsimoniosas y que yo no respondo, poco a poco la situación se trastoca y descubro que soy yo el que hace las preguntas y el policía responde.

"¿Cuanto gana al mes? ¿Ha hecho el aprendizaje de policía norteamericana?", pregunto yo, y él me dice —mintiendo— que gana 60 mil liras y que ha aprendido su oficio de los norteamericanos.

Mientras tanto en la oficina continuaba un ir y venir; un poco después me doy cuenta que había uno que entraba más seguido que los otros, para informarse; uno que no tenía ninguno de los rasgos fisonómicos de un boliviano. De un metro sesenta y cinco, de piel pálida, de unos cuarenta años, flaco, con los cabellos grises cortados como escobilla y una pronunciación española absolutamente sin acento. Como sea, me viene la idea que es un norteamericano.

Cuando ya son las nueve y media, en vista que la conversación no ha llevado a nada, de golpe cambian de táctica. Primero me dejan en la oficina (se podía advertir que el edificio había ido quedando vacío de empleados y de gente) solo con un miliquito muy joven, y yo aprovecho para echar una ojeada en el expediente de mi caso, que consistía en un resumen de una carta del Cónsul boliviano de Milán que me pintaba como "un peligroso exponente del comunismo internacional que iba a Bolivia a hacer... artículos y fotografías, y en un par de copias del registro de mi hotel". En seguida me advierten que si hago resistencia comenzará la parte "negativa" del



Así colocaron los cadáveres de los guerrilleros, fusilados en la emboscada de Masicuri, en un altillo en el patio del cuartel de Camiri.

interrogatorio, me cargan sobre un jeep y me llevan a tres o cuatro manzanas de allí, al Comando del Departamento de Investigaciones Criminales.

Allí por primera vez un policía muy vulgar y desagradable, en una pieza llena de material de propaganda comunista recientemente secuestrado, me hace una pregunta concreta:

—¿Dónde está el dinero?

—¿Qué ha hecho de los cuatro mil dólares que ha recibido esta mañana de Italia?

Digo que están en mi billetera, que ellos tienen ahora en sus manos, y que justamente en ese momento, en esa misma mesa, un policía está sacando los dólares de la billetera.

—¿No lo ve? Pero el oficialillo no está contento. Telefonea siempre gesticulando y amenazando, después me pregunta a quién he visto, cómo y cuándo, si conozco a tal fulano; me doy cuenta entonces que ya deben haber registrado mi pieza y decido no hablar más. Como me he vuelto un muro y estoy porfiadamente callado, el gordote me manda a encerrar y yo inicio mi breve, pero significativa vida de prisionero político boliviano. El edificio donde tiene su sede el Comando DIC (Departamento de Investigaciones Criminales) tiene dos patios: uno es el oficial, abierto al público con la gente que va y viene y las oficinas que se enfrentan en el primer piso y sobre la galería del segundo. Al otro patio se llega a través de una puerta de madera toda desvencijada, cerrada con un candado. Allí, en el primer piso, y en todo el contorno, hay piezas, más bien dicho, celdas; es la habitación de una familia india con mu-

jerés que preparan la comida para sí y para los presos, en medio del patio, y algunos chiquitos que corren para allá y para acá. Compró un sandwich y un café porque tengo hambre, frío (La Paz está a 3.500 metros sobre el nivel del mar; y en esta estación de invierno la temperatura es particularmente rigurosa, el aire es muy seco, y yo estoy cansado y nervioso y mi chomba me defiende malamente del frío nocturno). Después nos ponemos a buscar una celda; de acuerdo con mis ayudantes logro hacerme asignar un cuartucho con una hamaca y un atado de mantas, me empujan adentro y cierro la puerta de madera, con otro candado. Después viene un muchachito y me dice si quiero velas; pago y obtengo cuatro velas. Enciendo una y las otras me las meto en el bolsillo de la camisa.

Duermo por una hora, hasta que un rumor de pasos pesados y apresurados me despierta sobresaltado: se abre la puerta, se precipita adentro un detective con una linterna en la mano y queda sorprendido de hallarme allí durmiendo. Me doy cuenta que es su cuarto y que estoy durmiendo en su hamaca. Me dice que me quede allí, se desnuda, queda en calzoncillos y se mete en la hamaca también, a mi lado. Inmediatamente se duerme. Un sueño agitado, a veces roncando. Yo estoy pegado contra el muro, aturdido, y también un poco entumecido (por la ventana rota entraba un frío tremendo), hasta que cuando siento que dan las seis me levanto, me acerco a la puerta, encuentro que el detective la ha dejado abierta y salgo.

Salgo al patio, es el alba, no hay sino un muchachito sentado sobre un bajo muro. Me

siento cerca de él y empezamos a hablar. Es un muchachito de unos diez a once años. Me pregunta de dónde vengo, quiere saber cómo es Italia, después me habla de la escuela, dice que le gustaría ser ingeniero agrónomo; y yo le pregunto si sus padres son de la familia que habita ahí en la cárcel. No, es un expósito. Los suyos vivían en la región de las minas, y pelearon entre sí; cada uno se fue por su lado. El chico entonces tenía ocho o nueve años, y se vino a pie cientos de kilómetros hasta La Paz, y allí lo ha recogido la policía del DIC y lo ha adoptado. Vive en el patio de la cárcel; no le interesa ni siquiera saber por qué estoy allí. "Vienen tantos", dice. "¿Y les pegan?", pregunto yo. "Sí, mucho. Hay dos piezas para eso". Y me las muestra.

Pero ahora ha aclarado más el día, y alguien del piso de arriba se ha dado cuenta que yo no estoy en la celda. En el piso superior también está Sibila, la han interrogado hasta las cuatro, y es ella la que ha sentido mi voz. Pero yo no lo sé. Sólo sé que se asoma alguien que gritando ordena que me encierren nuevamente. Pero esta vez me cambian de habitación. Ahora es una celda de dos metros de ancho por uno y medio de largo, con una puerta de madera cerrada con el mismo candado de siempre, y una ventanita cuadrada de tres centímetros por lado incrustada en la salida: de ahí me viene todo el aire y la luz. Hace frío, las paredes están resquebradas; la buhardilla está hecha de caña y fango; hay un hueco, se siente la voz de alguien que está en la buhardilla. En el piso, tres ladrillos: ese es todo el decorado. Si diera una patada se vendría abajo la puerta, y también el muro. Todo tiene un aire frágil y pobre. ¿Pero fuera de allí adónde ir? La ley de fuga, la ley que contempla el delito de evasión, es simple y brutal: el evadido es un bulto a disposición del tirador. Un paso afuera de la cárcel significa la muerte sin apelación.

He pasado en aquella celda, en la cual apenas podría darme vuelta, ocho horas, las peores de mi vida; y en cierto sentido también las mejores. Con la última vela que me quedaba intacta fui descubriendo sobre los muros inscripciones dejadas por otros prisioneros antes de mí: elocuentes, nobles, muy altivas. He aprendido mucho de aquellas inscripciones y también he comprendido, de Bolivia, quizás más de cuanto hubiese podido comprender en los días en los cuales andaba libre por las calles de la ciudad.

A mediodía entró una mujer a llevarme el almuerzo. Hasta he peleado por lo demás. La mujer se ha confundido y al salir ha dejado abierta la puerta. Buscando, tratando de que no me sorprendan, espí por el ventanuco la vida del patio.

A las cuatro vinieron a buscarme: en el piso de arriba me esperaba el Embajador italiano que había hecho lo posible por encontrarme. Me anunció que probablemente al otro día sería expulsado del país. —Por suerte lo he recuperado —me ha dicho. La señora Sibila nos ha avisado. La han arrestado también a ella; está en otra celda, también en este patio. Quizás la suelten esta noche. (La volvieron a llevar, en efecto, al Hotel, pero debió dormir bajo vigilancia, con un policía en el dormitorio por toda la noche sin poder telefonar ni hablar con nadie durante toda la noche).

Después han comenzado las falsas "entrevistas". A cada rato venían a buscarme a la celda (ahora había vuelto al primer cuarto), pues había "periodistas": la primera vez no comprendí bien, después los reconocí: eran policías que fingían fotografiarme o interrogarme. Buscaban afanosamente, en las pocas horas que me quedaban, saber qué había visto en Bolivia, quién me había mandado, qué había venido a hacer. "¿Es verdad que usted es un espía de Moscú?", me preguntaban, y la pregunta era tan estúpida que no podía contener la risa. Qué extraña comedia. Pero nadie me preguntó si había estado en Cuba; sin embargo tenía un pasaporte lleno de visas cubanas, y si hubieran sido periodistas de verdad habrían debido oír hablar por lo menos una vez de las famosas "Memorias de Fidel Castro". Ni siquiera Debray les interesaba tanto.

Constantemente me preguntaban si conocía a éste o al otro. Y yo mismo estaba persuadido de no haberlos oído nombrar jamás. Solamente días después me di cuenta que eran nombres que figuraban en una lista de escritores y de editores latinoamericanos que llevaba conmigo para —después de Bolivia— hacer una jira y tomar contacto con ellos por asuntos editoriales.

Hasta que me cansé. Me habían despertado tantas veces a medianoche para presentarme a esos grotescos "periodistas", que pesqué a uno por la solapa y le dije en su hocico que esa farsa me había disgustado. Finalmente me dejaron dormir.

A la mañana me cargaron sobre un jeep y me llevaron al aeropuerto. Eramos cuatro: yo, un policía que no había visto nunca, el "mayor" que guiaba el jeep y, sentado junto a mí, el "americano" moreno. El "mayor", siempre guiando, sacó de un bolsillo mi pasaporte y me lo devolvió. Noté que estaba extrañamente vacío y se lo dije al americano. No sé por qué, me vino la inspiración de decirselo en inglés, que es una lengua que domino mejor que el español. Sin descomponerse me contestó inmediatamente en español pero con aire torvo: "somos pobres pero no ladrones". Efectivamente, en la billetera estaba todo el dinero, faltaban solamente los documentos; todos los documentos, todos los boletos, cartas recibidas, fotografías que hacía tiempo se me habían ido juntando casualmente ahí dentro. Realmente habían barrido con todo. Volví a hablar en inglés al "americano" que estaba al lado mío. Pero esta vez él me dijo: "hable en español, Feltrinelli; el inglés no lo entiendo bien". Después hizo una larga pausa, me miró con fría ira en los ojos y agregó: "esta vez, Feltrinelli, ha salido bien librado porque intervino su Gobierno y su Embajada. Déle gracias a Dios que se va. Pero dígame a los que lo mandaron que si viene alguien después de usted...". Y dejando la frase en la mitad, se pasó una mano como cuchillo por la garganta.

Era un gesto mucho más elocuente, debo decir, que las declaraciones del General Barrientos.

GIANGIACOMO FELTRINELLI

(Traducido del italiano por V. D. A. Cualquier reproducción de este artículo debe llevar: "Tempo", Milano, 5 Sept., 1967. Via Zuretti 54, Milano).